



Este pasaje ofrece una serie de claves para entender el resto del evangelio. En él tiene lugar la manifestación de Jesús resucitado, en la que se desvela el misterio profundo de su persona y el envío de los discípulos,

cuya misión consistirá en congregar a todos los pueblos para hacerlos discípulos de Jesús.

Para concluir su evangelio, nos dice Schökel, Mateo compone una escena magistral. En el espacio de cinco versos condensa lo sustancial de su cristología y eclesiología. Este breve final es tan rico que sería verdaderamente difícil decir más y tanto con el mismo número de palabras.

16-17 *En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se prostraron, pero algunos vacilaban.*

El encuentro con sus discípulos en Galilea había sido anunciado por Jesús (Mt 26,32). Ellos, fieles a esta llamada, se dirigen a Galilea. Y es en un monte donde se produce el encuentro. Lugar donde tradicionalmente Dios se había manifestado a su pueblo en el A.T.

El encuentro tiene dos momentos. En primer lugar, se da un encuentro en el que Jesús se revela a través de sus palabras y los discípulos le reconocen como Señor a través de un gesto de adoración.

Después, Jesús les confía una misión que antes les había encomendado sólo de forma parcial, y les promete su asistencia para llevar a cabo esta misión a través de una presencia continua.

Los once de aquel momento representan a toda la Iglesia; por eso no falta quien dude. Fe y duda: una experiencia psicológica común que da esperanza a los hombres de nuestro tiempo. Ven al resucitado y han de ser sus testigos.

18-20a *Acercándose a ellos, Jesús les dijo:*

- «Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra.

Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado.

Jesús toma la palabra afirmando su plena autoridad recibida de Dios. En virtud de ella envía a sus discípulos a una misión universal, ya no limitada a los judíos.

El encargo que Jesús encomienda a sus discípulos resume las dos fases de la iniciación cristiana, tal como se realizaba en la Iglesia de Mateo.

La **primera** era la enseñanza. Su contenido eran las palabras de Jesús, que el evangelista ha recogido y ordenado en cinco grandes discursos: el auténtico discípulo debe aprender a ponerlas en práctica. La **segunda** fase era el bautismo que sellaba la íntima vinculación del discípulo con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

20b *Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.»*

Jesús les promete quedarse siempre con ellos. Esta afirmación aparece en otros lugares del evangelio (véase Mt 1,23; 18,20) y expresa la convicción de que el resucitado sigue presente en medio de su Iglesia. Necesitan de su presencia porque esa misión se desarrolla en un mundo reacto y peligroso, algo que ha dejado claro el relato de la pasión. Esa misión está abocada a chocar con el Imperio.

No es casual que el evangelio termine con un envío misionero. La Iglesia de Jesús es esencialmente una comunidad misionera. Tienen que abrirse a un nuevo horizonte: el de todos los hombres que no conocen el gozo de sentirse hijos de Dios y hermanos entre sí. Para ello cuentan con la presencia constante de Jesús, que estará siempre en medio de ellos.

FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

Los cristianos en este día no celebramos un acertijo o un rompecabezas incomprensible, sino una forma de vivir o una experiencia importante: **sentimos que nos acompaña siempre** el amor de Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu.

Es más fácil recurrir a nuestra **experiencia personal**. Dios se revela en la experiencia, es un Dios personal. Y desde pequeños hemos sentido a un Dios que es Padre, que cuida de nosotros, hasta en los pequeños detalles, que nos deja libres para aceptar y vivir en su amor.

Hemos vivido con Jesús la cercanía de ese Dios, Padre bueno y compasivo. Sentimos la presencia constante del Espíritu, que nos enseña y recuerda lo que Jesús hizo y dijo, que nos impulsa y fortalece a un mayor compromiso, que nos ayuda a realizar obras humanamente incomprensibles.

Mi oferta en este día es que nos dejemos llenar por esa experiencia fecunda que tenemos de Dios Trino y meditemos lo que Jesús nos dice de Dios y el Espíritu.

¿QUIÉN ES DIOS PARA JESÚS?

“Para Jesús, Dios no es una teoría. Es una experiencia que lo transforma y le hace vivir buscando una vida más digna, amable y dichosa para todos. Lo siente actuando ahora, en el presente. La acción creadora de Dios no es algo del pasado: mientras recorre los caminos de Galilea, él mismo intuye su aliento de vida alimentando a los pájaros del cielo y vistiendo de colores a las flores del campo. Capta la presencia de su Espíritu al curar a los enfermos y al liberar del mal a los poseídos por “espíritus malignos”. Y se alegra de que las gentes más sencillas e ignorantes escuchen ahora la revelación del Padre.

La vida entera de Jesús traspasa confianza: Jesús vive abandonándose a Dios. Todo lo hace animado por esa actitud genuina, pura, espontánea, de confianza en su Padre. Busca su voluntad sin recelos, cálculos ni estrategias. Su confianza hace de él un ser libre de costumbres, tradiciones o modelos rígidos, su fidelidad al Padre le hace actuar de manera creativa, innovadora y audaz. Su fe es absoluta. Por eso le apena tanto la “fe pequeña” de sus seguidores y le alegra la confianza grande de una mujer pagana.

En medio de su intensa actividad de profeta itinerante cuidó siempre su comunicación con Dios en el silencio y la soledad. No se contentaba con rezar en los tiempos prescritos para todo judío piadoso, sino que busca personalmente el encuentro íntimo y silencioso con su Padre. Esta experiencia repetida y siempre nueva, no es una obligación añadida a su trabajo diario. Su oración es confianza absoluta en Dios.

Jesús vive desde la experiencia de un Dios Padre. A Jesús le gusta llamar a Dios: “Padre”. Le brota de dentro, sobre todo cuando quiere subrayar su bondad y compasión. Lo más original es que lo llamaba *Abbá*, Padre mío querido. Las primeras palabras que balbuceaban los niños de Galilea era: *immá* (“mamá”) y *abbá* (“papá”). Esta costumbre de Jesús provocó tal impacto que, años más tarde, en las comunidades cristianas de habla griega, dejaban sin traducir el término arameo *Abbá* como eco de la experiencia personal vivida por Jesús.

Su experiencia de Dios le empuja a desenmascarar los mecanismos de una religión que no está al servicio de la vida. No se puede justificar en nombre de Dios que alguien pase hambre pudiendo estar saciado; no se puede dejar a alguien sin ser curado porque así lo pide la supuesta observancia del culto. Para el Dios de la vida, ¿no será precisamente el sábado el mejor día para restaurar la salud y liberar del sufrimiento? Una religión que va contra la vida es falsa.

Movido por este Dios de la vida, Jesús se acerca a los olvidados por la religión. El Padre no puede quedar acaparado por una casta de piadosos ni por un grupo de sacerdotes controladores de la religión. Jesús actúa no con autoritarismo e imposición, sino con fuerza curadora. Libera de miedos generados por la religión, no los introduce; hace crecer la libertad, no la servidumbre; atrae hacia la misericordia de Dios, no hacia la ley; despierta el amor, no el resentimiento. (Pagola. Jesús 303-330)

EL ESPÍRITU Y JESÚS.

Jesús es el portador permanente del Espíritu. La historia de Jesús, su práctica, sus actitudes, su destino, están transidos del Espíritu de forma histórica y palpable.

Resucita a Jesús y con él lleva a Dios Padre a los que necesitan conversión y a los alejados. Lo entrega a los suyos como espíritu de reconciliación y de unidad, vínculo de caridad fraterna, amor que une al amante con el amado, al Padre con el Hijo y a todos los hermanos.

El Espíritu es, por tanto, el amor: no la fuente -el Padre-, ni la acogida -el Hijo-, sino el amor personal, el que uno entrega al otro, el que es recibido y dado.

Hablar, por tanto, de lo que el Espíritu representa para Jesús es hablar de alguien sobre el cual el Espíritu ha descendido en plenitud, sobre el que permanece, en el que habita y descansa porque se encuentra a gusto. Por medio de él se entrega a todos. En Jesús, por tanto, el Espíritu es presencia plena y donación. Y solo dos reflexiones al hilo de estas vivencias:

- ***¿No te parece importante reivindicar hoy, el auténtico Dios de Jesús, ¿sin confundirlo con cualquier “dios” elaborado por nosotros desde miedos, ambiciones y fantasmas que tienen poco que ver con la experiencia de Dios que vivió y comunicó Jesús?***

Antes de irse Jesús nos dejó una recomendación: “os conviene que yo me vaya para que recibáis el Espíritu Santo”. Dicho de otra manera: necesitáis ser adultos, para que viváis en libertad bajo el impulso del Espíritu.

- ***¿No te parece que es hora de abrir puerta y ventanas para captar las luces del Espíritu, las voces del silencio, los guiños y señales de un Dios que nos sorprende cada día y empezar a caminar como discípulos responsables?***